

como las esculturas de sus templos; el viento, que llena las olas, soplos de ideas; el cielo que los cubre y las aguas que hierven bajo sus quillas parecen animarse al éter y al calor de un espíritu. Antes de requerir las armas requieren la poesía, y cuando ya se avecinan al enemigo y ven cerca la muerte, los remos se alzan y caen como á la cadencia de una música, y sacro himno elevado al són de las trompetas convierte á todo el ejército en inmenso coro, el cual inflama los ánimos y les dice cómo no hay suerte superior á la del que muere cara á cara contra el tirano asiático por la libertad y por la patria. Siglos más tarde, cuando los reyes de la vieja Europa se congregaban contra Francia en congregación semejante á la urdida por los reyes de Asia contra Grecia, la *Marsellesa* obtuvo en Valmy, el cántico de la república, un triunfo semejante al obtenido por las odas griegas en Salamina y en Platea. La tragedia del gran Esquilo, después de haber pintado esta victoria de la idea sobre la fuerza, no se desdeña de contar, bien realistamente por cierto, la persecución á los persas rotos por los griegos vencedores, quienes acaban sus enemigos á remazos como el pescador acaba con los atunes que han entrado en sus redes y laten y saltan bajo sus barcas. Jamás en un solo día murieran sobre la tierra tanta gente. Un siglo no se lleva en su

curso los mortales que se llevaron aquellas horas del infortunio persa. Así Xerxes, puesto sobre una colina desde cuya cumbre observa todo el ejército, viéndolo caer como espigas á la hoz, como robles al huracán, desgarrá sus regias vestiduras y lanza un sollozo que parece como un sollozo de toda el Asia. No pueden referirse las tristezas de los sobrevivientes que han quedado esparcidos por las aguas, como si fueran restos de un naufragio, y los dolores de aquellos que han debido por la extremidad de la isla Eubea, por las llanuras de la Tesalia meridional, por las riberas del Axio que riega Macedonia, por Tracia y sus desiertos, ganar los territorios del imperio, dudando al verse tan afligidos, acosados y hambrientos en aquella retirada inacabable, si realmente quedaban para los persas dioses en el cielo.

La descripción de la retirada persa está hecha en Esquilo por modo bien escrupuloso, á diferencia de las descripciones geográficas que pululan en el Prometeo, sacadas todas generalmente de la fantasía del poeta. Esquilo persiguió á los persas en su fuga y holló las tierras mismas puestas en sus admirables versos. La heroína de la tragedia, siquier sea una reina del Asia, interpreta con maravillosa oportunidad el sentir de Grecia. Cuando el mensajero ha concluído su relato, vuélvese airada en una

imprecación magnífica, llena de quejas dolorosas, contra los adivinos y las adivinaciones del Oriente. Sin embargo, no le queda más recurso que guardar sus viejos ritos, porque los imperios han de atenerse á las creencias seculares hasta para su muerte, como se atienen al sudario los cadáveres y al ataúd las momias. Las mujeres de Susa y Ecbatana desgarran sus velos con sus débiles manos y golpean los lechos donde antes recibieran las caricias de sus esposos queridos. Soldados invencibles, marinos que parecían tener alas en sus espaldas, la flor del Asia, unos han muerto en las olas hirvientes y otros han huído por los hielos tracios, contando en su dolor la victoria de Jonia. Entre lamentos tales, el republicano griego entona un himno que parece la voz de Mirabeau en la tribuna y el acento de Víctor Hugo y de Quintana contra las viejas monarquías. La efusión del humano sentimiento posee al poeta, el cosmopolitismo de la idea le domina como pudiera dominar á un pensador moderno, y la compasión por todos los oprimidos y el horror contra todos los opresores corre como chispa de luminosa electricidad por la espada que ha esgrimido en Platea y por la cítara que ha tocado en Atenas, despidiendo una y otra por igual inspiraciones, las cuales permanecerán como estrellas fijas en los cielos infinitos de la humana concien-

cia. Levantándose aquel heleno sobre los egoísmos de su raza y sobre los estrechos límites de su patria, en alas de una filosofía más bien adivinada por su presentimiento é intuición que conocida por su ciencia, comparte los frutos de la victoria, ganada por sus héroes y por sus mártires con el mismo vencido, y le dice cómo los pueblos de la tierra del Asia no volverán desde aquel entonces á obedecer á los déspotas, ni á pagarles tributos arrancados por la conquista, ni á prosternarse de hinojos confundiendo con la tierra el rostro ante la majestad soberana, porque los reyes han perecido y la lengua de los hombres no lleva ya mordaza, y el yugo de la fuerza se ha roto, y el pueblo, desencadenado y con sus hierros á los piés, exhala ya libre la voz del pensamiento.

Atossa entonces no tiene más remedio que volverse de los vivos á los muertos. Su figura se parece á las figuras funerarias levantadas sobre los viejos panteones hieráticos. Así depones su carro de oro, porque no cuadran riquezas tantas á la miseria del vencido, y se ciñe tocas de viuda como cumplen al dolor y al llanto. Creyendo que sus progeñitores traerán de nuevo con su intercesión la vieja fortuna y el viejo poderío, aplaca sus manes desconsolados con ofrendas como leche de vaca blanca sin mancha, como dorada miel que han destilado

las flores y recogido las abejas, como agua escanciada en fuente pura y virgen, como vino sacado á una sacra viña, como aceite destilado de seculares olivos y guirnaldas brillantadas aún por el rocío, al són de himnos religiosos que alcanzan á evocar las sombras y á unir por medio de libaciones litúrgicas la tierra esclarecida por el sol y animada por el aire con sobrenaturales regiones. En efecto, los viejos persas acuden á la voz de su reina, y llaman á golpes en las puertas de los sepulcros, y evocan á voces las sombras de los héroes. A estas evocaciones y á estos golpes Darío surge de su profundo sepulcro. Dormía en él cuando ha interrumpido el sueño dulce de una muerte perdurable misterioso estremecimiento de dolor sentido por la tierra que no ha dejado en paz y en reposo el asilo de los muertos. Así ve la esposa inclinada sobre su regio mausoleo para ofrecerle propiciatorias libaciones, que le saquen de los abismos, donde las divinidades sepulcrales tristemente lo guardan, esas divinidades cuya resistencia se opone allá en su voracidad insaciable á devolver la devorada presa. Darío llega, pues, pero llega presuroso y como apremiado por divinidades sombrías que no quieren tolerarle mucho tiempo su estancia entre los hombres. El coro tiembla y calla. Conociendo el dolor que inferirán sus noticias al desgraciado rey, herido por el

infortunio en sus descendientes y acosado hasta en el sepulcro, deja que adivine por sí toda la intensidad horrible de su desgracia irreparable, la cual merece conmover hasta las entrañas de los sepulcros y turbar hasta el reposo de los muertos. No encontrando en el coro Darío quien le informe, dirígese á su viuda, la reina, que á sus piés llora y gime, preguntándole, amoroso, la causa de tanto dolor. Entonces Atossa recuerda la felicidad con que habían reinado ambos á dos sobre Persia y la fortuna con que habían sometido todas las resistencias y gobernado á todos los pueblos. Pero en contraposición á esto, el reino de los persas, que parecía destinado á crecer bajo la majestad increíble de Xerxes, acababa de hundirse por un triste decreto del hado en lo profundo. Al oír esto la sombra de Darío, que no puede alcanzar desde la otra vida con claridad lo acontecido aquí en nuestra vida, pregunta si la guerra civil ó la peste desoladora se han empeñado en la increíble obra. Atossa le cuenta entonces cómo la rota, y solamente la rota de sus ejércitos ha perdido al imperio. Darío no quiere creer á sus propios ojos y á sus propios oídos por parecerle inverosímil que la pujanza transmitida por su testamento á los herederos y los reinos por él con tanta gloria juntados se hayan así puesto como en disolución y casi á la boca y entra-

da de la muerte. Habiendo fenecido en brazos de muchos herederos, pregunta cuál de sus hijos ejerciera el poder en tamaño trance y tomara sobre sí la triste suerte de acabar con tanta vergüenza un imperio erigido por él con tanta gloria.

Mucho le duele á la madre decir el nombre de aquel hijo á quien va unida la catástrofe, pero no tiene remedio. Sus deberes de reina le imponen la necesidad imperiosa de cumplir este triste ministerio y lo cumplirá desgarrada por el dolor, pero con firme voluntad. Así le dice que quien mandaba imperio, flota, ejército, era Xerxes, despoblador de Asia, el cual arrojó su enorme pesadumbre sobre Grecia. Sabido esto pregunta Darío si la expedición se inició por tierra ó por mar, si la guerra fué continental ó marítima. Y Atossa le responde que la emprendió con doble carácter y que presentó siempre al enemigo dos frentes, uno en las olas, otro en las islas y penínsulas. Darío no puede comprender cómo el numeroso ejército continental de Xerxes ha pasado el mar, y Atossa le refiere que Xerxes puso un puente sobre los estrechos. Darío no puede comprender que hiciera tal sin auxilio de un dios, quien, para vengarse de su soberbia increíble, le ha pegado luego un vértigo de perdición y de muerte. Estos pensamientos sumergen al viejo monarca difunto en una especie de somnolencia, más terrible

que la sugerida al espíritu por el frío de la muerte; y Atossa, en su dolor, aprovecha tal estado para decirle todo cuanto ha sucedido sin provocar las maldiciones del padre sobre la frente del hijo. Al saberlo todo, la sombra sobrenatural da la clave de aquel enigma y dice cómo ha pasado todo esto en castigo de la feroz audacia que ha querido esclavizar como sierva en serrallo el agua celeste de los mares griegos, detener la corriente del Bósforo que un dios mueve, ceñir con cadenas las ondas libres y someter á su cetro los vientos impetuosos, en castigo de todo lo cual tantas riquezas aglomeradas desde Astiages, el abuelo de Ciro, hasta Cambises, y desde Cambises hasta Darío mismo, se desvanecerían como el vapor de un río, como la sombra de un nublado. No pueden los griegos ser combatidos por los déspotas del Asia, porque la tierra misma pelea en pró de ellos. Así Xerxes, enfatuado todavía por su propia soberbia y por los vapores que han sugerido á su cabeza las alabanzas de sus cortesanos, podrá dejar en Grecia un ejército que destruya los altares, pulverice las estatuas, amontone los cadáveres; no le queda más remedio sino recluirse dentro de su reino y pensar en sus viejos súbditos, olvidando para siempre aquellos pueblos helenos á quienes sus libertades y sus dioses han hecho igualmente invencibles. Cuando acaba Darío de

hablar aparece como un mendicante. El pelo en desorden y el vestido en harapos. Aquella vestimenta oriental, en cuyos pliegues envuelto parecía un dios por el brillo de tanta pedrería como la ornaba resplandeciendo sobre la carroza de oro, en mil pedazos desgarrada, corrió á los cuatro vientos, deshecha cual las legiones de quienes era brillante y adorada divisa. La madre Atossa acorre al hijo, vulnerado más por su propia imprevisión que por las armas ajenas. Pero él no quiere auxilio alguno. Creyéndose un día el numen de la tierra no se conforma con pasar ahora de un salto á las genomonías donde yacen los réprobos del mundo maldecidos á una por la conciencia y por la historia. Sus rodillas flaquean y no quieren sostenerlo. El ejército que ha disipado se alza como una legión de sombras y á modo de remordimiento inacabable á sus ojos febriles. Los golpes que ha recibido penetran como puñaladas en las entrañas de su corazón despedazado. Mientras gime y solloza, el coro pone los dedos en las llagas de su espíritu mostrándole cómo los dioses todos se le han vuelto contrarios y le han arrebatado los héroes de su preferencia, sumergidos en las playas de Salamina con sus rotas naves tirias. El tirano maldice á la feliz Atenas, y estas maldiciones de la tiranía convierten la ciudad en diosa. Por tanto, los

palacios del despotismo, que han atormentado á innumerables oprimidos, tórnanse á una en terribles infiernos del déspota. No le queda más que un carcaj á éste. Él se ha salvado, pero hasta sus escoltas han muerto. Los acentos funerarios que de su pecho brotan, y los mares amargos que de sus ojos caen, apenas bastan al infeliz para expresar sus dolores. Por aquellas salas donde antes resonaban los himnos de triunfo resuena ahora tan sólo el cántico misiano de una desesperación suicida y sin término. La barba se le ha vuelto blanca, y sin embargo, se la mesa con sus manos y se arranca mechones que parecen guedejas de un león destrozado. Su púrpura se ha convertido en sayal, y ni siquiera los harapos de este sayal quiere, como si le quemaran las carnes. Estatua de oro, que se creía eterna, por levantarse orgullosa en los hombros de siervos sin número, hase derretido al fuego de una idea. ¡Oh santa libertad!

Con estilo verdaderamente cíclico, el poeta sublime describió los sucesos de aquella guerra épica; pero debe decirse que la realidad histórica supera en mucho á la idea poética. Pocos imperios tan enormes como este imperio de los persas. Cuando Ciro se presentó en Jerusalén, tras su edicto á favor de los judíos, no parecía, sobre la montaña de Sión, un monarca, parecía Jehovah mismo, relam-

pagueando con los sublimes relampagueos del alto Sinaí. Sus ejércitos eran Babeles de razas. A su paso iban pueblos y naciones. Jerusalén asemejábase á un santuario de aquella divinidad. Las procesiones, en su honor celebradas, sobrepujaron á las procesiones hechas por sacerdocios enteros y salidas de los templos ciclópeos. Al abrirse las puertas de su palacio en la ciudad santa de los profetas, parecía que su poder alcanzaba de suyo á implantar los ídolos paganos en aquella tierra del monoteísmo espiritualista. Cuatro toros enormes, ceñidos de guirnaldas gayisimas, y consagrado cada cual á una respectiva inmolación ante las cuatro mayores divinidades persas, abrían el cortejo. Caballos de bella estampa y varias pieles, todos igualmente aiosos, relinchaban de alegría y retozaban de continuo, sabiéndose destinados al sol. Un carro de plata, ornado con festones de pedrería, cuya lanza era de oro, tirado por cuadrigas teñidos de púrpura y enjaezados de gasas semejantes al iris, llevaba el sacerdote portador de la llama sagrada que ardía en litúrgico brasero. Ciro seguía después, la cabeza ceñida por una tiara que partía de una corona, los piés calzados por sandalias rojas, la túnica blanca, el manto púrpura, todo él cubierto, como un ídolo, de rica pedrería; trescientos eunucos, á cual más ricamente vestido, le circuían;

cuatro mil doríforos lo escoltaban, más que con armas, con instrumentos de música y con himnos de triunfo; tras los doríforos iban cien elefantes de honor y de respeto; tras los elefantes, diez mil caballeros persas; tras los diez mil caballeros persas, otros tantos medos, armenios, caduceos, saceos y carros innumerables de guerra, puestos cuatro en fondo, porque aquel hombre había llevado sus armas desde las fronteras indias á las costas del mar Rojo y del mar sirio, invadido el Egipto, engarzado por el Norte á su corona el Ponto Eusino y el mar Caspio, ido por el Occidente hasta el Egeo y por el Sur hasta Etiopía y las aguas eritreas, teniendo corte, ya en Susa, ya en Bactrias, ya en Jerusalén, y llamándose á sí mismo, por levantado sobre las espaldas de los pueblos, rey de las naciones.

Sus grandes sucesores, desde Cambises y Darío hasta Xerxes, no habían hecho sino aumentar su grandeza y extender sus límites. Mas á pesar de todo esto, algunos sacudimientos interiores habían llevado el imperio á trances amargos, pues el mal está muy cerca de la fortuna y á peligros propios de unos estados tan enormes por su colosal grandeza como enormemente frágiles. Cambises, que llegó hasta Etiopía, vió su gente sorprendida por la furia de los cielos, y no pudo sobrevivir á la noticia por

un mensajero aportada tristemente, de que cincuenta mil hombres, enviados al santuario de Júpiter Ammón habían caído envueltos bajo las arenas de Libia. Darío, que le sucedió, no pudo reposar largo tiempo, á conquistas movido por las terribles ambiciones de su mujer Atossa. Los límites de su imperio, muy señalados al Oriente por los Alpes indianos y al Norte por las mesetas mongólicas, no tenían igual claridad al Occidente, donde radicaba la hermosísima Grecia. Dueño de los tracios asiáticos, y oyendo hablar del oro que poseían los escitas europeos, pensó en redondear su imperio y darle aquellos límites occidentales que creía necesarios á su propia seguridad y á la dominación de Escitia y de la Tracia del Norte. En un principio las ciudades griegas no le opusieron ninguna resistencia. Dividido aquel pueblo en jonios y en dorios, la división les llevaba de suyo á la venganza, y la venganza les imponía una verdadera indiferencia respecto del Asia. Importábales poco el contrario lejano con tal de molestar al vecino. Pero esto no podía continuar mucho tiempo. El sentimiento de libertad é independencia en tal modo arraiga por las entrañas del corazón humano, que debía decidir y resolver un movimiento contra los reyes de Persia. Cuando estos iniciaron sus primitivas empresas, los gobiernos tiránicos domina-

ban por todas partes. Mas luégo que las tiranías fueron poco á poco reemplazándose con las democracias, el sentimiento de libertad, nativo en éstas, condensa sus iras contra la tiranía oriental. Los hijos de Pisistro representaban el gobierno tiránico en Atenas. La muerte de Hiparco, herido por dos héroes republicanos, y la fuga de Hipias, señalan el cambio de los gobiernos tiránicos por los gobiernos demócratas en Grecia. El mundo cambia poco y poco se altera, porque también cambian y se alteran poco las leyes que lo rigen. Los gobiernos tiránicos se habían asociado al gran déspota, porque todos los despotismos se necesitan y se completan. Así es que la tiranía se debió quebrantar mucho dentro de sí para emprender la guerra contra quien podíamos llamar el tirano de los tiranos, el dios de los dioses. Sin embargo, del seno de la tiranía en descomposición surgió la primera protesta contra el despotismo y sus esfuerzos. Un tirano, el de Mileto, Aristágoras, ya lo hemos dicho, dió la voz de alarma y conjuró el primero á Grecia contra su déspota.

Pero el sentimiento de unidad no había en esta edad arraigado lo bastante para que pudiese defender toda Grecia en armas á los jonios del continente asiático y del archipiélago helénico. Aquellas islas, entre dos mundos sembradas, por aguas ce-